

352 HISTORIA ECLESIASTICA
Siglo despues de haber juzgado el papa entre él y su adversa-
XVII. rio. *Que harais vos*, le dice este principe, *si yo hubie-
ra protegido al arzobispo de Cambray? Señor*, respondió
este prelado, *hubiera gritado veinte veces mas alto: quan-
do se defiende la verdad, tarde ó temprano segura está la
victoria.*

Guardémonos, pues, de calumniar á dos grandes hom-
bres, que han contribuido mas que nadie á la gloria del
siglo mas feliz de que se haya hecho mencion en la his-
toria de la nacion francesa, y puede ser que en los an-
ales del mundo entero. Seamos igualmente equitativos, así
con Fenelon, aquel prelado tan estimado de todos los
que le conocieron, cuyo corazon no tuvo otra pasion,
ni otro afecto que el del amor de Dios y el de la virtud,
como con Bossuet, aquel obispo que combatió toda su vida
contra los enemigos de la religion, que salió victorioso de
todos sus combates, y que no tuvo otro interes que el de
la Iglesia y de la verdad. No veamos en estos escritores cé-
lebres dos competidores, que tiran á triunfar el uno del otro
por el deseo de acrecentar su propia gloria, sino á dos sabios,
á dos hombres de bien igualmente adheridos á la anti-
gua tradicion, de los cuales el uno emplea todos los
encantos de una eloquencia dulce y persuasiva para
mostrar que su doctrina no es un error, y el otro to-
da la elevacion de un ingenio fuerte y vigoroso para
deshacer las nubes que rodean la verdad. Cometeria-
mos doble injusticia, si por fines que condenarian uno
y otro, nos atreviésemos á elevar ó abajar á éste á cos-
ta de aquel. Antes bien admirémoslos con una perfec-
ta imparcialidad en lo que tienen de grandes, y so-
bre todo imitémoslos en lo que tienen de imitables para
nosotros, á Bossuet en su zelo constante y generoso
por la pureza de la fe, y á Fenelon en su humil-
de sumision á los juicios de la Iglesia (a).

(a) No debemos dexar en silencio una nueva secta que
omite Ducreux, bien conocida en este siglo por sus extrava-
gancias y rarezas, y es la de los *Qua-Keres ó Temblantes*,
así llamados por la material inteligencia del texto de san Pe-
dro, de que obremos nuestra salud con temor y temblor,
que tuvo principio en Inglaterra en el año de 1655 por Jo-
ge Fox, natural del lugar de Dretou en la provincia de Lei-
cester. Este fanático, que se imaginaba enviado de Dios

GENERAL 353 Siglo
ARTÍCULO XII. XVII.

Personas ilustres por sus virtudes: nuevas congregaciones,
nuevas reformas: diferentes establecimientos
de piedad.

Reunimos baxo un mismo título estos diferentes ob-
jetos, á causa de la relacion que tienen entre sí, y por-
que separándolos, nos veríamos expuestos, ó á omitir ma-
chas cosas importantes en la noticia de personas de uno
y otro sexó, á quienes hicieron célebres sus virtudes, ó
bien á caer en repeticiones y largas dilaciones desagra-
dables y pesadas: dos faltas que se nos censurarian jus-
tamente, y debemos evitar con igual cuidado en todas
las partes de esta obra.

para la reforma del género humano, empezó á esparcir en
Londres sus sueños con título de revelaciones, en que dice
que ninguno debe servir á otro; ni usar de urbanidades ó
cortesías en saludarse, ó quitarse el sombrero, y que to-
dos tienen luz suficiente para exponer la Escritura sagrada,
aunque sean mugeres. Pero sin embargo de sus extravagancias,
tuvo muchos sequaces en Inglaterra, Holanda y en
América.

Tampoco debemos omitir el sistema impio y absurdo del
Atheismo, que en el año de 1670 publicó Benito Espinosa,
natural de Amsterdam, y Judío de profesion, en su *Tractatus
Theologicus-Politicus*, y despues apareció con mas ex-
tension en su *Opera postuma*. Sostiene Espinosa, que Dios
no es otra cosa que el universo, que raciocina en los hom-
bres, que siente en los animales, que vegeta en las plantas,
que está inanimado en la tierra, y que no hay sino una
substancia diversamente modificada é infusa en todos sus
sentidos, que Dios obra necesariamente, y que de consi-
guiente la existencia de los seres es necesaria y eterna; y
desecha toda religion y toda revelacion, cuyos errores, aunque
iniquos y opuestos á la misma naturaleza racional, se extendie-
ron, y no faltaron hombres perversos y abominables que los
abrazasen.

Isaac Pereyra, natural de Burdeos, fué autor de la herejía
de los Preadamitas, en que pretende probar dos creaciones de
hombres: pero no tuvo mucho séquito, y el mismo Pereyra ab-
juró sus errores en 1657, echándose á los pies del pontífice
Alexandro VII.

Siglo XVII. Se han visto en el siglo XVII. muchos obispos, que por su zelo, su caridad, sus trabajos, y su vida edificante, traian á la memoria los tiempos dichosos en que las virtudes apostólicas eran tan comunes en la Iglesia. Uno de los mas ilustres es sin contradiccion san Francisco de Sales, obispo y principe de Ginebra. Lo mismo es nombrar á este santo prelado, que despertar en el alma la idea de todas las virtudes que pueden hacer á uno digno del puesto eminente que ocupa en el órden sacerdotal, y de todas las qualidades amables que pueden hermosear la virtud. Nació en el castillo de Sales, en la diócesis de Ginebra, en 21 de agosto de 1567. Su familia era una de las mas antiguas y mas nobles de Saboya, y aun se puede decir, que qualquiera que haya sido la gloria de su casa en subir hasta los tiempos mas remotos, y en producir hombres distinguidos, ninguno la ha ilustrado mas que este grande obispo. Toda gloria humana se eclipsa á vista del resplandor que esparce la santidad, aunque ella no pretende brillar á vista de los hombres. Encontró en la casa paterna exemplos de piedad, en que se formó, y que le hicieron contraer á tiempo el hábito feliz de las virtudes con que se distinguió en adelante. El conde de Sales su padre, que se llamaba Francisco como él, y la condesa su madre Francisca de Sionas, eran mas recomendables por sus buenas obras, que por la nobleza de su sangre. Hacian copiosas limosnas, particularmente á los pobres católicos despojados y perseguidos por los Calvinistas, que eran muy numerosos y poderosos en estos Cantones despues que Ginebra habia abjurado la religion romana. El jóven Francisco de Sales descubrió desde la mas tierna infancia los mismos afectos, manifestando para con todos los necesitados un amor tan tierno, y una compasion tan generosa, que hasta su pan les daba, quando no podia aliviarlos de otra manera. Hizo sus primeros estudios en el colegio de Anneci, y desde allí le enviaron á París, en donde tuvo por maestros á Genezbrado y Maldonado, los mas célebres hombres de aquel tiempo, y á otros que no eran ménos hábiles. Las felices disposiciones que tenia para las ciencias, juntamente con su inclinacion al trabajo y á la vida retirada que hacia, obligaron á decir á todos los que le conocieron desde entónces, que llegaría tiempo en que igualase

á los hombres del mérito mas singular en qualquiera carrera que quisiese entrar.

Despues de una mansion de seis años en París, le llamó su padre para enviarle á estudiar el derecho en Padua, que era entónces la mejor escuela de toda Italia para la jurisprudencia civil y canónica. Iban á ella de todas partes, y ademas de la celebridad que merecia esta academia, el jóven conde de Sales tuvo tambien la ventaja de tomar en ella las lecciones del famoso Pancirolo, que fué en Italia de tanto mérito como Cujacio y el Damaulin eran en Francia. La multitud de estudiantes que se juntaban en Padua habian hecho de esta ciudad una morada sumamente peligrosa para las costumbres. Vióse san Francisco de Sales combatido allí en las suyas de todas maneras con exemplos contagiosos, con lazos armados y con acciones atrevidas; pero con la vigilancia de sí mismo, con la firmeza contra las chanzonetas, con las insinuaciones de sus condiscipulos, y su aplicacion á la oracion, en que hallaba toda su fuerza, resistió á todo lo que los jóvenes libertinos pueden imaginar para seducir ó intimidar la inocencia que los ofende, y es la condenacion de sus desareglos. Despues que recibió el bonete de doctor viajó por las ciudades mas célebres de Italia; así para visitar los lugares de devocion, como para formarse mas y mas con la sociedad de los sábios. De vuelta á su patria exerció algun tiempo la profesion de abogado en Chamberí, y á pocos años despues proveyó en él un cargo de senador Filiberto Manuel, duque de Saboya, uno de los mas ilustres principes de una casa tan fecunda en hombres grandes, cuya eleccion fué aplaudida generalmente. En efecto, era hacer un presente á la Saboya el poner en el número de sus primeros magistrados á un hombre que juntaba el amor mas puro de su obligacion á un conocimiento de las leyes, que se habia de extender todavia y perfeccionar con el exercicio y la experiencia.

Pero Dios tenia otros designios con san Francisco de Sales, y él mismo puso despues de algun tiempo sus miras en una carrera totalmente diferente de la que su principe le abria. Y así declaró á sus padres, que renunciaba todas las esperanzas del siglo por consagrarse al servicio de Dios y de la religion en el estado eclesiástico.

Después de las pruebas ordinarias fué elevado al sacerdocio, y aunque era ya muy virtuoso, operó la gracia de la ordenación en su alma y corazón una mudanza, de que se asombraron los menos perspicaces, porque se dexó ver como otro hombre enteramente nuevo. Su desinterea se transformó en una caridad sin límites, y su deseo de trabajar en la salvación de las almas en un zelo ardiente que nada veía, por penoso y arriesgado que fuese, que no pudiese emprender. Era preboste de la catedral de Anneck quando el duque de Saboya se puso en posesion de Chablais, que era una provincia toda calvinista: el príncipe busco eclesiásticos zelosos y prudentes que se encargasen de instruir á los moradores de este país, y de volverlos á la religion católica. Aunque la empresa era en extremo difícil, por los obstáculos que presentaba de todas especies, Francisco de Sales se ofreció á esta mision sin asustarse de los peligros á que se exponía, ni desistir por las sollicitaciones de sus padres que temian la pérdida de su vida. No es creible las fatigas y contradicciones que tuvo que sufrir: caminaba siempre á pie por pagages que solamente el zelo podia hacer accesibles, y quando encontraba aldeas y lugarejos, se metia en ellos, no para descansar y tomar alimento, sino para exhortar á los que querian oírle, responder á sus dificultades y preguntas, y entrar hasta en las chozas á buscar los que huian de él. Extenuido al fin del dia por el cansancio y la necesidad, apenas hallaba un pedazo de pan negro para quietar la hambre, y abrigo para pasar en él la noche. Al dia siguiente volvía á comenzar con el mismo valor, sin perder nada de su dulzura, ni tampoco de su alegría. Los ministros calvinistas levantaban contra él á todos los que les importaba conservar en su dependencia, y no contentos con obligarles á que le negasen las cosas de su mayor necesidad, conspiraron mas de una vez y de muchas maneras contra su vida. Pero Dios, que protegía al santo misionero, le dió la prudencia y constancia que necesitaba para evitar todos los lazos que el furor de la heregia le armaba casi todos los dias. Estas astucias y estos medios criminales empleados por los ministros, juntamente con la preocupacion de los pueblos, hicieron bastante inútil en sus principios la mision de Chablais; pero Francisco de Sales no se desalentó, y es-

peró que al cabo Dios bendeciría sus trabajos, y no le engañó su esperanza; porque habiéndose disipado poco á poco las preocupaciones con su paciencia, su caridad, su desinterea, su humor siempre igual, y con las demas virtudes, se abrieron por fin los corazones á la confianza; y la verdad, rechazada tanto tiempo por la fuerza de las preocupaciones, rindió los espíritus mas rebeldes, y el piadoso misionero recogió entonces consolado el fruto de sus trabajos. Cada dia fué señalado con nuevas conversiones, á pesar de los esfuerzos de los ministros; y el error fué perdiendo poco á poco á todos sus sequaces. Unas veces abjuraban familias enteras el calvinismo, y otras volvian á entrar en el seno de la Iglesia aldeas y lugarejos con todos sus habitantes, tanto que al cabo de quatro años restableció la religion católica en la capital de Chablais, y en toda la provincia. En la duracion de esta larga mision pasó Francisco de Sales por mas riesgos, y se expuso mas veces á la muerte que los guerreros mas intrépidos en medio de sitios y combates, porque el verdadero zelo no inspira menos intrépidez, que la que se llama braveza en los héroes profanos.

Un ministro evangélico, que por espacio de quatro años de trabajos continuos desde 1594 hasta 1598 habia convertido la poblacion de una grande provincia al antiguo culto, bien merecia subir al primer puesto del orden sacerdotal. Siendo Claudio de Granier obispo de Ginebra, de una edad avanzada y muy enferma, pidió á Francisco de Sales por su coadjutor sin comunicarle su pensamiento. El duque de Saboya entró gustoso en las miras de este prelado, porque aseguraban á la diócesis de Ginebra un pastor, que buscaban para entregarse á el otras iglesias mas ricas, y de un gobierno ménos penoso. Pero quando el preboste de Anneck llegó á conocer lo que habian dispuesto de él, hizo ver quán distante se hallaba de pensar en la dignidad del episcopado; y así empleó todos los medios que pudo imaginar, todas las súplicas, lágrimas y razones, á fin de que se mudase de proyecto. Pero todo fué en vano, y conoció, como lo pudiera decir, que el único partido que le quedaba que tomar era el de someterse á lo que Dios parecia que deseaba de él. No se consoló con su elevacion hasta que pensó que en la nueva carrera en que iba á entrar hallaria ocasiones

o Siglo XVII. multiplicadas de servir á la Iglesia, y de volver á estrechar el dominio de la heregia. Así que el episcopado, que para tantos es el fruto del manejo y el término de la ambición, fué para él un motivo de vivos temores, y el principio de sus mayores trabajos.

Ya era coadjutor de Ginebra quando pasó á París á negocios de la religion, en donde todas las personas mas distinguidas en el sacerdocio y en el estado se apresuraron á darle muestras de su estimacion. Enrique IV. que sabia quán útiles son los buenos obispos á la sociedad civil trabajando por la gloria de la religion, hizo quanto pudo para atraersele; y aunque por una parte las flaquezas muy públicas, y por la otra una santidad ya reconocida, hicieron una gran diferencia entre el monarca francés y el coadjutor de Ginebra; sin embargo tenian al mismo tiempo semejanzas fundadas en bellas qualidades, que se notaban en el uno y en el otro: una misma dulzura, una misma franqueza, una misma nobleza de pensamientos, y un mismo fondo de beneficencia y de humanidad, de suerte, que de todos los principes católicos de aquel tiempo Enrique era acaso el único que se halló en estado de apreciar dignamente el mérito de Francisco de Sales. Ofrecióle el primer obispado que vacase en Francia, ó á lo ménos una pension de mil escudos para ayudarle á sostener su dignidad, porque sabia que la renta de la silla de Ginebra no era muy considerable. Al primer objeto respondió este hombre santo, que habiéndole dado Dios por esposa la iglesia de Ginebra contra sus deseos y esperanza, no admitiria jamas otra; y al segundo, que se hallaba bien con ser pobre, y que mayores rentas le embarazarian. El rey admiró su desinterés, y no pudo dexar de decir en presencia de toda la corte, que jamas habia concedido gracia en que se le hubiesen dado las gracias mejor que por la no aceptación del coadjutor de Ginebra.

Quando el santo prelado volvió á Anecy, halló á Claudio de Granier muerto algunos dias hacia, y tomó el gobierno de su iglesia con la resolucion de cumplir por sí mismo todos los cargos del ministerio pastoral. Su primer cuidado fué el de reglar el órden de su palacio, donde hizo que se notase la senillez, la modestia y la frugalidad, igualmente en los muebles, en la mesa, y

en la eleccion y conducta de los domésticos. Despues los dos principales objetos de su zelo fueron la reforma de su clerecia, y la instruccion de su pueblo, por lo qual trabajó toda su vida, persuadido que en esto nunca falta que hacer, y que un pastor, cuya vigilancia afloxa, bien pronto ve destruir lo que creia mas sólidamente establecido. Para la visita de su diócesis formó un plan que siempre siguió con exactitud, y era tal, que se puede decir, que en todo su episcopado nunca interrumpió esta importante y penosa obligacion. No habia parages tan inaccesibles en las montañas ni en los valles adonde no penetrase: y sus visitas no se cesian á un simple ceremonial, cuyo total fruto es hacer sensible por algunos momentos la presencia del pastor principal, y el fausto que le acompaña. Hacia las mas menudas averiguaciones sobre el estado de cada parroquia así en lo espiritual como en lo temporal: predicaba en todas partes, siguiendo la extension y necesidades del pueblo: enseñaba el catecismo á los niños: oía las confesiones: tenia conferencias públicas para responder á las dificultades de los hereges, y disipar las dudas que aún tenían los nuevamente convertidos: daba audiencia á pequeños y á grandes sin negarse á nadie, y sin dar á entender que tenia algun otro negocio que el en que se ocupaba á cada momento: en una palabra, este buen pastor era todo para todos por ganar á todo el mundo para Dios.

La reputacion del santo obispo no cabia en los estados del duque de Saboya: tambien era conocida y respetada en la mayor parte de los reynos católicos, particularmente en Francia y en Italia, y de todas partes le consultaban acerca de los negocios de la religion; iban de los países mas distantes á pedirle dictámen, y se han visto muchas veces grandes pecadores con la única idea que tenían de él por lo que habian oido decir, haciendo largos viages para confesarse con él. Le habia dado Dios el talento de intinuarse en los corazones, de moverlos y ablandarlos, y habia pocos tan duros y tan rebeldes que se le resistiesen. Su dulzura arrebatava, todas sus palabras iban acompañadas de un encanto, á que no habia resistencia, penetraban hasta el interior de las almas, y se podría decir que la caridad de Jesu-christo salia por su boca. Quando hablaba en público era el caracter

distintivo de su eloquencia una uncion toda divina, y una persuasion dulce y victoriosa, con cuyas preciosas calidades de orador christiano se da á conocer todavia á todos los que leen sus escritos. Quando enseñaba en secreto, se hacia conocer todavia mejor aquel don precioso que poseia de ganar la confianza, rompiendo todos los velos de una conciencia culpada ó muy tímida. No bastaba ponerse baxo su conducta, no habiéndose hecho la resolution de convertirse de veras, y dedicarse para siempre á la virtud. Sucedió á algunas personas el dirigirse á él sin otro fin que el de probar si era cierto lo que oian decir, y haber vuelto asombradas de las mudanzas que en ellas habian sus discursos producido.

Sin embargo, á pesar de su extremada dulzura, y su tierna compasion de las almas descarriadas, no era una guia fácil, ni un director cómodo. Conocia muy bien las verdaderas reglas de la conversion, y sabia igualmente quánt importantes son y sagradas, para no desviarse de ellas. En lo que únicamente consistia la dulzura del santo obispo, y su condescendencia con las almas débiles, era alentar á los pecadores en la confesion de sus faltas, tratarlos con bondad, compadecerse de sus penas, impedir que la vergüenza de parecer tales y quales son, no les tapase la boca, consolarlos con la esperanza del perdon, apartar las espinas que hacen tan difíciles los primeros pasos, quitar á la penitencia el horror que causa á los principiantes, y ayudar en fin al hombre nuevo á formarse por todos los medios que una tierna caridad puede poner en uso; pero jamas dispensó á nadie lo esencial de la penitencia, segun el espíritu y máximas de la Iglesia. Por los escritos que tenemos suyos, y principalmente por las cartas que escribió á personas de todos los estados que se habian sometido á su direccion, se ve quánt adherido estaba á las reglas antiguas, y quánto se alejaba su dulzura de la relaxacion.

Hizo el santo obispo todavia un viage á Paris en 1618, acompañando al cardenal de Saboya, que iba á negociar el casamiento del príncipe de Piemonte con Christina princesa de Francia, hija segunda de Enrique IV. Llegó á la corte de Luis XIII., y en ella tuvo el aprecio que en la del rey difunto, pues todo el mundo queria cono-

cerle y oírle, y recibir de su boca aquellos consejos prudentes y aquellas máximas piadosas, que eran el fruto de su experiencia. Hizo un gran número de conversiones, ya del error á la verdad, ya del vicio á la virtud. Se intentó de nuevo fixarle en Francia, pero se negó como la vez primera, prefiriendo su iglesia pobre y trabajosa á las sillas mas ricas y mas brillantes. Aunque no era de una edad avanzada, ya padecia muchas enfermedades que le anunciaban una muerte cercana, y eran el efecto de sus largas fatigas y de su vida bastante aplicada, sin dexar por eso ninguna de sus ocupaciones ordinarias, pues todos los dias empleaba de modo, que no le quedaba un instante para pensar en los cuidados que exigia su salud; y así habiendo llegado á Leon á fines de 1622, murió allí de un insulto de apoplexia en 28 de diciembre, despues de haber predicado la víspera de Navidad, y celebrado la Misa el día de su muerte, de edad de cincuenta y cinco años, muy corta sin duda para su pueblo y para toda la Iglesia, pero tan cumplida de buenas obras, que competia con las vidas mas largas; y fué canonizado en 1668 por el papa Alexandro VII. No hemos dicho nada del establecimiento de la santa orden de la Visitacion, que le costó tanto cuidado, y estimó tanto, porque vamos á hablar de ella; dando á conocer la que Dios le dió por cooperadora en esta grande empresa.

Juana Francisca Fremiot nació en Dixon en 23 de enero de 1572, y era hija de Benigno Fremiot, entonces abogado general, y despues presidente en Mortier, en el parlamento de Borgoña. Su familia, recomendable por una antigua nobleza, y fecunda en personas de mérito, sacó mas gloria para si en haberla dado á luz, que la que habia recibido de todos los titulos honrosos que poseia. Su madre Margarita de Berbisi, de una de las mas illustres casas de la provincia, era muy piadosa, y Andres de Fremiot su hermano, que fué arzobispo de Burges, edificó la iglesia con todas las qualidades de un prelado virtuoso, y Margarita su hermana mayor, que casó con el baron de Eftren, de la casa de Neuchese, una de las mejores de Poitou, se dió á estimar de todos los que la conocieron por la regularidad de su conducta, y por sus buenas obras. Su padre habia renunciado el cargo de

primer presidente que Enrique IV. le ofrecia, porque hubiera sido necesario quitárselo al que le poseta para revestirse de él. De este modo vió Juana Francisca al rededor de sí, quando iba creciendo, exemplos de sabiduría, de moderacion y de caridad, que le inspiraron á tiempo el gusto de la virtud. Recibió una educacion christiana en casa de sus padres, y en ella formó su espíritu y su corazon con instrucciones sólidas. No se le han procurado aquellas prendas agradables á que en el dia se da tanto mérito, y de nada sirven en las coyunturas peligrosas de la vida; pero tuvieron gran cuidado de grabar en su alma aquellos principios de moral, y aquellas reglas de conducirse, en que una muger aplicada á sus obligaciones, y zelosa de cumplir bien con ellas, halla tan frecuentes ocasiones de ponerlas en práctica en el curso de las ocasiones que le importan. Casóse de edad de veinte años con el baron de Chantal, principal de la illustre casa de Rabutin, y de este matrimonio tuvieron quatro hijos, el uno varon, y las tres hembras. Á los ocho años de matrimonio perdió á su esposo por un accidente que hizo en su alma una profunda impresion, y le sirvió de mucho para volver todos sus pensamientos hácia Dios: y fué que lo mató en la caza uno de sus parientes, que engañado por el color de su vestido, le tuvo por una cierva salvage.

Madama de Chantal, dexándose llevar en extremo del sentimiento de esta pérdida, resolvió apartarse del mundo, segun se lo permitian las circunstancias de su estado de viudez, en que hizo voto de pasar los dias que la quedaban; y para executar mas fácilmente este designio, se retiró al castillo de su suegro, en donde repartió todo su tiempo entre los cuidados que debía á sus hijos, y entre las obras de caridad que tanto habian atraído desde su tierna juventud á esta piadosa viuda, que se miraba como especialmente encargada por la providencia de todos los pobres que acudian con clamores á su socorro. Le parecia que no habia cumplido con ellos despues de haberlos proveído en sus necesidades temporales con las limosnas: compadecida aun mas de sus necesidades espirituales, acudia al remedio de ellas con instrucciones y buenos consejos, que no eran los menores beneficios de su caridad. Tenia en el castillo un quarto particular en

donde acomodaba todos los dias á pobres enfermos alternativamente uno despues de otro, sin quedar desocupado el quarto jamas. Un dia recibia á un hombre todo lleno de úlceras, otro dia una muger carcomida de un horroroso cáncer, y á otros muchos acometidos de diversos males incurables, y muy rara vez dexaba á otros el cuidado de curarlos, de hacerles la cama, de disponerles el alimento, y de velarlos. Preciso era que tuviese otras obligaciones absolutamente indispensables que cumplir, quando descuidada de éstas en alguno de su casa. Estas pobres gentes no acababan de admirarse de que una señora tan distinguida por su nacimiento y delicada se baxase hasta servirlos en cosas que hombres como ellos las hubieran rehusado, porque no se espantaba del horrible hedor que exhalaban los enfermos, ni de otras incomodidades que alli se seguian. Exhortábalos á que hiciesen buen uso de la que padecian, y á que se santificasen con las dos pruebas del dolor y de la pobreza que Dios les enviaba, uniéndose á Jesu-christo que se ha hecho pobre y sufrido por nuestro amor: les procuraba todos los socorros espirituales, y quando estaban cerca de su fin no los desamparaba, y despues de muertos los amortajaba, sin embargo de todo lo que horrorizan semejantes objetos á los sentidos.

Habiase puesto la piadosa viuda en 1604 baxo la direccion del santo obispo de Ginebra, que estaba entonces predicando la quaresma en Dixon: no tardó el siervo de Dios en conocer todo el mérito de su penitente, ni en descubrir los designios grandes que Dios tenia respecto de ella. Aplicóse con todo el alcance de sus luces á aclarar y perfeccionar los dones preciosos de la gracia en esta alma que Dios habia elegido para sí. Vióla llamada á la mas eminente santidad: vióla al mismo tiempo que debía por su ministerio subir á ella, y desde entonces se entabló entre el santo obispo y la virtuosa viuda una estrechez toda celestial, que duró hasta la muerte, y fué siempre la de un padre el mas tierno, y de una hija la mas humilde y reconocida; de lo qual se siguió en poco tiempo el dichoso fruto del establecimiento del santo instituto de la Visitacion. Aunque haya habido en la Iglesia un gran número de casas religiosas, en donde las mugeres hallaban asilo contra los peligros del

mundo, no las había francas para las viudas que han pasado del tiempo de la juventud, ni para personas de una complexión delicada, que no pueden aguantar los ejercicios de una vida austera. Ya había mucho tiempo que el obispo de Ginebra había hecho esta observacion, y su zelo por la salvacion de las almas había puesto en su corazon el deseo de establecer una congregacion del modo que él la concebía para estos géneros de personas. Y creyendo que Madama de Chantal era propia para ayudarle á la execucion de este piadoso designio, le dió parte de su pensamiento, y tuvo el consuelo de ver que se acomodaba con toda la plenitud de un corazon, que solo quiere agradar á Dios, siendo útil al próximo. Madama de Chantal no tuvo otro pensamiento ni otro deseo que el de concurrir con el santo prelado, que era su guia, al establecimiento del nuevo instituto. No se puede explicar el sentimiento que le costó desde luego romper los lazos que la ataban á su familia; pero su valor y la firmeza de su corazon la obligaron á superar todos los obstáculos. Marchó á Anecí en 1610, y el 6 de junio del mismo año entró en la casa que la habían preparado con dos señoritas virtuosas, á quienes Dios había inspirado la misma intencion. Luego que tomaron el velo todas tres, les dió el santo obispo la regla que había hecho para ellas: regla llena de sabiduria y dulzura, que prescribe pocas austeridades, pero que se dirige por medios seguros á mortificar los sentidos, á destruir las pasiones en su origen, á apartar el corazon de los objetos sensibles, á formar el hombre interior, y á volver todos los pensamientos y todos los afectos del alma á Dios. Al fin del año Madama de Chantal y sus dos compañeras hicieron sus votos, y el papa Paulo V. aprobó las constituciones del nuevo instituto en 1618, erigiéndole en orden religiosa, y concediéndole todos los privilegios de las demas congregaciones.

Estos fueron los principios de la orden célebre que fundaron san Francisco de Sales y santa Juana Francisca de Chantal; el qual desde su origen no ha cesado de esparcir el buen olor de Jesu-christo en la Iglesia, y conserva aún despues de siglo y medio el espíritu de piedad, de sencillez, de caridad y de oracion en su primer fervor, en el que se han santificado por el silencio, la ne-

gacion y renunciacion de sí mismas una infinidad de almas puras; y aunque débil en los primeros tiempos, como hemos dicho, porque estaba reducido á tres personas, se extendió con rapidez. La santa viuda contó ántes de acabar sus dias ochenta y siete monesterios, cuyos cimientos había echado ella: prueba bien sensible de la bendicion particular que Dios se compiació de echar sobre esta piadosa empresa. Madama de Chantal murió en Moulins año de 1641 en 13 de diciembre, de edad de sesenta y nueve años, en un viage que iba haciendo para visitar las casas de su orden. Su cuerpo fué transportado á Anecí, en donde descansa. Beatificóla Benedicto XIV. en 1751, y Clemente XIV. la canonizó en 1770.

Aunque la Iglesia no ha pronunciado todavía juicio ninguno solemne sobre la santidad del cardenal Pedro de Bérula, no puede dexar de convenirse en el mérito de ser contado en el número de los hombres ilustres, que por la piedad han sido la gloria del siglo XVII. Nació en París por el mes de febrero en 1575, y fué hijo de Claudio de Bérula, consejero del parlamento, y de Luisa Seguier, tia del canceller de este nombre. Ya era sacerdote quando por su eminente virtud adquirió una grande reputacion, y determinó asociarse con algunos eclesiásticos sábios y virtuosos para trabajar juntos en la reforma del espíritu sacerdotal. Debíó en parte esta grande determinacion á san Francisco de Sales y al venerable César de Bus, maestro de doctrina christiana, de quien hemos hablado en el siglo XVI, con los quales dos grandes siervos de Dios estaba íntimamente estrechado. Los primeros compañeros que tuvo, en número de cinco, eran casi todos doctores en teología en la facultad de Paris. Animados de un mismo espíritu, y proponiéndose por fin bajar en adquirir la perfeccion del sacerdocio, con las virtudes que exige, y las funciones que manda, se juntaron en comunidad estos piadosos eclesiásticos por el mes de noviembre de 1611 en una casa del arrabal de Santiago, que habían alquilado para este fin.

Este ha sido el origen de la célebre congregacion del oratorio de Francia, cuyo útil establecimiento favoreció con todo su poder la Reyna Maria de Médicis, madre de Luis XIII., y le dió una existencia legal con patente que le concedió en nombre del príncipe su hijo, y se

Siglo registró en el parlamento en 1612. Enrique de Gondi, XVII. obispo de París, prelado de una grande piedad, que daba la mano con un zelo verdaderamente episcopal á todas las empresas de que podia sacar alguna ventaja la religion, y que las animaba con sus liberalidades, se declaró abiertamente por ésta, de quien esperaba las mas felices consecuencias, á cuyo fin se unió con la Reyna Madre para solicitar en Roma la aprobacion de la santa sede. Paulo V. autorizó la nueva asociacion que Bérula habia formado en Francia con una bula de 10 de mayo de 1613, y el titulo de congregacion del oratorio de nuestro Señor Jesu-christo por el modelo de la de Roma, que habia fundado en el siglo XVI. el santo sacerdote Felipe de Neri. Los que la componen no estan ligados por ningun voto; pero aunque libres, toda su vida estan unidos entre sí con el vínculo de la caridad, y el deseo de trabajar en la gloria de la religion á proporcion del talento de cada uno. Abrazan el gobierno de los seminarios y de los colegios, la predicacion, la direccion de las almas, y demas funciones del santo ministerio, y todo lo que tiene relacion con el servicio de la Iglesia y del próximo; honran con un culto particular los misterios de Jesu-christo en su Encarnacion, en su nifnez, en sus trabajos, y en todos los estados de su vida interior y pública, cuya devocion era la principal de su piadoso fundador. Es público cuántos sábios ha producido en todas especies esta ilustre congregacion. No se habian visto aún cuerpos eclesiásticos, en donde la semilla de la sabiduria y de la emulacion hubiese producido de un modo mas pronto y mas feliz; porque un gran número de escritores laboriosos formados en esta escuela, cuyas obras son conocidas de todo el mundo, cultivaron con el mas brillante suceso la teología, el conocimiento de las lenguas doctas, de la Escritura santa y de los padres, la crítica sagrada y profana, la eloquencia del pulpito, la filosofia, la ciencia de la historia y sus monumentos, las bellas letras; y en una palabra, todo el anchuroso campo de las divinas y humanas.

Bérula era por sí mismo un hombre muy instruido, particularmente en la historia eclesiástica, que habia sido el principal objeto de sus estudios, y tenia tambien mucho talento para el manejo de los negocios. La corte

de Francia se ha gloriado en muchas ocasiones de haber empleado en negociaciones delicadas. El reconocido lió á la Reyna Madre con el rey su hijo: él solicitó y obtuvo del papa las dispensas necesarias para el casamiento de Enriqueta de Francia, hermana de Luis XIII., con el desgraciado príncipe de Gales, que despues fué rey de Inglaterra con el nombre de Carlos I.; y él acompañó esta princesa á Lóndres, y á este fin le destinó el rey su hermano, para que la ilustrase con sus luces. Este príncipe le consultaba muchas veces, y se asegura, que por sus consejos tuvo mucha parte en el sitio de la Rochela, cuyo feliz suceso dió un golpe mortal al calvinismo, y este fué el motivo de recompensar sus servicios Luis XIII. con la púrpura que solicitó y le concedió Urbano VIII. Pero el santo sacerdote no gozó largo tiempo de este honor, porque murió estando diciendo Misa el 2 de octubre de 1629, dos años despues de haber recibido el capelo, en la edad de cincuenta y cinco años.

Dios se complace algunas veces de sacar de un estado obscuro á los hombres que destina para cosas grandes, de lo qual es una prueba san Vicente de Paul, Fundador de la congregacion de clérigos misioneros. Nació en Pou ó Poi, aldea de la diócesis de Acqs, el 24 de abril de 1576: sus padres Guillermo de Paul, y Beltran de Moras, eran de un estado mediano, y vivian á costa de su trabajo. Emplearonle en su juventud en guardar un pequeño rebaño, que era la mejor parte de lo que poseian; pero se conocieron en este muchacho felices disposiciones para el estudio, un espíritu vivo, ideas superiores á su edad y estado, mucha penetracion, y grande inclinacion á la virtud. Su padre le puso á pupilo con los religiosos Franciscos de Acqs, en donde hizo sus primeros estudios; de allí pasó á Tolosa, donde se graduó, y habiendo llegado al sacerdocio, una señora virtuosa que le conocia, le dexó al morir una cantidad de dinero que tenia en Marsella. Con este recurso considerable para él en la mediania de su fortuna, pasó á esta ciudad á recoger su legado; y despues de haberlo recibido se embarco para volverse por mar á Languedoc; pero el bastimento en que iba fué apresado por los corsarios berberiscos, y conducido á Tunez, en donde fué esclavo

Siglo
XVII. sucesivamente de tres señores, y el último renegado, á quien convirtió, y tuvieron la dicha de salvarse ambos en un esquife, y abordar á Aguas-muertas en 1607.

A poco tiempo despues pasó Vicente de Paul á París, donde se puso baxo la direccion de Bérula, quien le colocó en casa de Manuel de Gondi, conde de Toigni, general de las galeras. Este señor le encargó la educacion de sus hijos, persuadido á que no podia confiarlos á otro mas capaz de formarlos á un mismo tiempo en las ciencias y en la virtud. Le respetaron y estimaron en esta casa mas de lo que él creia merecer. La condesa de Toigni, que era una señora virtuosa, mucho tiempo habia que deseaba en Francia una sociedad de eclesiásticos, cuyo objeto fuese hacer misiones en las parroquias del campo, en que se abandonan muchas veces los habitantes á los mayores desórdenes por falta de instruccion. Habló muchas veces á Francisco de Gondi su cuñado, y arzobispo primado de París, del asunto; y este prelado, que favorecia todos los establecimientos, de donde preveia que la Iglesia podia sacar algun fruto, conoció la utilidad de este proyecto, y de acuerdo con su cuñada puso los ojos en Vicente de Paul, por haberles parecido tanto mas propio para llevar adelante y perfeccionar esta empresa, quanto ya habia gobernado dos parroquias del campo, y en poco tiempo mudado sus costumbres con la vigilancia de su zelo y sus exhortaciones patéticas. Entregóse todo entero á la execucion de este buen designio, porque en él veia la gloria de Dios, y la salvacion de las almas, que habian sido siempre los dos grandes objetos en que puso todas sus miras. El seminario de san Fermín en la calle de san Victor se le dió en 1626 para establecerse en él con algunos eclesiásticos que él se habia asociado, y esta casa fué la cuna de la nueva congregacion, porque la de san Lázaro que despues fué la principal, no se le concedió sino algunos años despues. Habiéndose aumentado en poco tiempo la sociedad formada por Vicente de Paul, Urbano VIII. la erigió en congregacion, y permitió al piadoso fundador que formase constituciones para el gobierno de todo el cuerpo, y direccion de los particulares que entren en ella. Esta nueva sociedad se extendió rápidamente así en Francia como en los países extrangeros, y desde su

origen no ha cesado de producir infinitos bienes á la Iglesia. Siglo
XVII.

El santo fundador vió los progresos de su establecimiento, y la bendicion que el cielo esparcia sobre los trabajos de sus discipulos. Vivió al pie de ochenta y cinco años, y en todo el curso de esta larga vida la consideracion que se habia adquirido fué siempre la misma. No se hizo cosa importante en la Iglesia, ni tampoco en el estado, en que él no hubiese tenido parte. Por espacio de diez años fué uno de los principales miembros del consejo de conciencia, baxo la regencia de Ana de Austria, madre de Luis XIV. y honrado y estimado con la confianza de este principe. Todos los hombres respetables de su tiempo estaban intimamente estrechados con él, y no emprendian cosa alguna importante que no le consultasen; y se puede asegurar, que en el grande número de establecimientos útiles á la religion y humanidad, que tuvieron principio en el siglo XVII., no hay uno que no le deba alguna cosa. Esto es suficiente para responder á los que por motivos que no queremos examinar, se han esforzado á representarle como de un talento limitado, y un hombre mas devoto que ilustrado, que puso en su conducta y miras mas zelo que luz. Aquel á quien las personas de mayor elevacion y virtud han honrado con su estimacion, á quien han consultado con una total confianza en sus buenas obras, y en los negocios de su conciencia, de quien recibieron siempre consejos prudentes y desinteresados, y depositaron en su corazon los secretos mas importantes, no pudo dexar de ser un hombre de un entendimiento sólido, y de una prudencia consumada. Tal fué Vicente de Paul, y todas las circunstancias de su vida le presentan con los colores con que aqui le pintamos. Murió el 27 de septiembre de 1660, y Benedicto XIII. le puso en el número de los bienaventurados el 13 de agosto de 1729, y Clemente XII. en el de los santos á 16 de junio de 1737.

La congregacion de las mugeres hospitalarias, nombradas las Hermanas Grisas ó Pardas, debe tambien su origen á san Vicente de Paul. Luisa de Marillac, viuda del señor de Gras, secretario del despacho de la Reyna Maria de Médicis, fué la digna cooperadora que Dios le dió en este piadoso establecimiento. Era sobrina de Miguel de

Siglo XVII. Marillac, guarda-sellos, y de Luis de Marillac, mariscal de Francia, que fué sacrificado á la venganza del cardenal de Richelieu en 1632. Habiendo quedado viuda en la edad de treinta y quatro años, y rica, se dedicó totalmente á las obras de piedad. S. Vicente de Paul, que era su director, habia establecido algunas sociedades de señoras caritativas, para alivio de pobres y enfermos, y estas señoras tenian á su mando mugeres de clase inferior que las ayudaban en las obras penosas. S. Vicente concibió la idea de reunir estas buenas mugeres en comunidad, y de hacerlas instruir en todo lo que pide el estado de hospitalarias, y les dió por superiora á Madama le Gras. Esta virtuosa viuda, considerando el gran bien que resultaria de un establecimiento como éste, se encargó voluntaria de concurrir á él con su cuidado y beneficios. Bendixó Dios esta útil empresa de un modo tan visible, que en poco tiempo las mugeres que acababan de consagrarse al servicio de los pobres, baxo las órdenes de Madama le Gras, llegaron á un número bastante crecido para poder encargarse de diferentes hospitales en muchas ciudades del reyno. Madama le Gras las habia juntado desde el principio consigo en una casa que habia comprado para esto en la aldea de la Capilla, junto al camino de Paris á san Dionisio. En 1641 las transfirió á otra casa mas capaz y mas cómoda, que adquirió en el arrabal, frente de la de san Lázaro, y de allí se extendieron á casi todas las ciudades del reyno, y hasta los países extrangeros, en donde mantienen con su modestia, su sencillez, su dulzura, y su zelo por el servicio de los pobres, la estima que han tenido desde que comenzaron á ser conocidas: no hacen sino dos votos simples, y los renuevan todos los años. Madama le Gras murió en opinion de santidad en marzo de 1662 de edad de setenta y un años.

Si no nos pareciera que alargáramos mucho este artículo, hablaríamos todavia de algunos otros establecimientos inspirados por los afectos de una caridad generosa, que han tenido principio en el siglo XVII. Tal es el de las mugeres de la providencia, fundado en 1630 por Madama de Pallailou, por nombre Maria de Lumagre, cuyo objeto és como el de las Ursolinas, la instruccion de las jóvenes: tal el de las monjas del Buen Pastor, fundado por Madama de Combé Maria de Ciz hácia el

año de 1688, y destinado para las que despues de haber tenido una vida desreglada abandonan el vicio, y abrazan la penitencia: tal el de la hermandad de los zapateros, que debe su origen á Enrique Miguel Buche; y el de la hermandad de los sastres, que se formó por el mismo modelo; el de los calvaristas, que son benedictinos reformados, de una vida muy austera, fundado por el famoso Pedro Josef de Temblay, Capuchino, favorecido por el cardenal de Richelieu: la de los hospitales de los saliterros, de Bicetre, y de la Piedad; cuyos principios se debieron á la caridad de san Vicente de Paul y de Madama le Gras, y otros muchísimos que omitimos por no salir de los términos en que nos hemos estrechado hasta aquí. Concluiremos, pues, dando una idea de las principales reformas que se emprendieron en este siglo, particularmente en Francia, en donde parece que Dios se ha servido de resucitar en algunas órdenes religiosas el espíritu de fervor y de penitencia de que habian estado animados los santos fundadores.

La reforma de los Canónigos Regulares de santa Genoveva fué una de las mas importantes para la Iglesia de Francia por el gran número de curatos anexas á esta congregacion. Tuvo su principio en la abadía de san Vicente de Senlis, hácia el año 1619, y fué el primer autor de ella el Padre Fauro, religioso de esta casa, que nació en 1524. Fué muy patrocinado por el piadoso cardenal de la Rochefoucault, á quien Luis XIII. habia dado la abadía de santa Genoveva, con la intencion de procurar la reforma de los religiosos de ella, que vivian con una libertad infinitamente contraria á la santidad de su estado. El pueblo de la capital, y aun los ménos sensibles á los intereses de la piedad, veian con sentimiento que el cuerpo de santa Genoveva, patrona de Paris, aquel depósito tan precioso y venerado estuviese confiado á hombres tan desreglados, que no procuraban ocultar el escándalo de sus costumbres. El cardenal abad les propuso los reglamentos que el Padre Fauro habia hecho para la casa de Senlis, y en el gran número de religiosos que componian la comunidad, no encontró sino cinco que se sometiesen libremente al nuevo modo de vivir que les propuso, todos los demas se opusieron á la recepcion de los reglamentos que ellos llamaban novedad y opresion: y así el

Siglo XVII. abad cardenal hizo pasar de Senlis seis religiosos, que unidos con los cinco, de que acabamos de hablar, fueron puestos en posesion de la abadia, y formaron la comunidad, esperando á que edificados con los buenos exemplos de estos, viniesen á unirse libremente con ellos. Habiendo renunciado al mismo tiempo el rey á su derecho de nombramiento de esta abadia, y hecho dimision de ella el cardenal de Rochefoucault, acordaron que en lo sucesivo habia de ser electivo el abad por tres años, y gobernar la congregacion en calidad de general. El Papa Urbano VIII. confirmó todas estas disposiciones en 1634, y la mayor parte de las casas dispersas por las provincias aceptaron sucesivamente la reforma, de suerte, que de todas las congregaciones diferentes de canónigos Regulares conocidos en la Iglesia, la de santa Genoveva es la mas numerosa y extendida.

La órden de san Benito habia sido muchos siglos para la Iglesia de Francia un manantial de luces y de edificacion, bien que no se mantuvo siempre en su primer fervor, y habia caído poco á poco en un estado de relajacion, que la hacia desconocida á aquellos que sabian por los monumentos de la historia lo que habia sido en otro tiempo. Las mudanzas extraordinarias que se habian hecho en este cuerpo ilustre, segun se habia ido alejando de su principio, tenian muchas causas, y las mas activas sin duda eran las desgracias de los tiempos, y la suerte inherente á todos los establecimientos humanos. Se sentia mucho ver reynar la libertad en los mismos lugares, en donde la puntual observacion de las reglas y de la disciplina habian hecho tanto tiempo florecer todas las virtudes christianas y religiosas. Pero los superiores no ménos desreglados en su parte que los simples religiosos, y á la verdad mas culpados, no tenian ni los fines puros y desinteresados, ni tampoco la autoridad que necesitaban para trabajar en una reforma, aun quando la habian deseado. Las tentativas que habian hecho de quando en quando para establecerla en algunos monasterios, habian sido infructiferas, ó porque el mal se habia aumentado é inveterado tanto, que se desesperaba de poder remediarlo, ó porque el número y la naturaleza de las dificultades que habia que superar, pedian que el reformador estuviese dotado de una prudencia extraordinaria, y de un

valor á toda prueba, qualidades que se hallan pocas veces unidas en un cierto grado en los hombres mas zelosos XVII. por el bien, y por otra parte mas capaces de hacerlo.

Halláronse por fin con esplendor en la persona de D. Desiderio de la Corte, el qual con su prudencia y perseverancia llegó al fin de hacer revivir entre los benedictinos de Lorena y Francia el espíritu de su santo fundador. Este religioso, cuyo nombre mereció un lugar distinguido en la clase de los hombres mas ilustres del siglo XVII., nació en 1550 de una familia noble y estimada en Monceville en las cercanias de Berdum. Entró en el órden de san Benito, y profesó en la abadia de san Banne de Berdum. Sus superiores le enviaron á estudiar filosofia y teologia á la universidad de Puente-amuson, en donde estudió las lenguas doctas, y recibió el bonete de doctor. De vuelta á san Banne vivió allí retirado, evitando con cuidado todo lo que le parecia contrario al espíritu de su profesion, y practicando la regla, quanto le era posible, en el estado en que se hallaba la casa, respecto de la disciplina y del buen órden. Su conducta era una censura de las costumbres poco edificantes de los demas religiosos, que en lugar de imitar su exemplo, le echaban en cara aquello en que se apartaba de ellos. No obstante, ó porque él ganó á algunos, ó porque el príncipe Enrico de Lorena, obispo de Berdum, y como tal abad de san Banne, que entraba en sus ideas, hubiese usado de su autoridad, fué electo prior de este monasterio. D. Desiderio revestido de este empleo, se entregó animosamente á la santa empresa que meditaba mucho tiempo habia, y propuso el proyecto de reforma que habia hecho conforme á la regla de san Benito á toda su comunidad junta. Pero del número de los religiosos que la componian, solamente quatro se sintieron con fuerza para abrazar el nuevo modo de vida; pero bien pronto se juntaron á ellos otros muchos, de suerte, que en poco tiempo mudó enteramente de semblante la casa de san Banne, y volvieron á su vigor el recogimiento, el silencio, la oracion, los santos oficios, el trabajo de manos, y todos los piadosos ejercicios de la vida monástica, muy decayidos antes de la reforma. El monasterio de Moyemoustier en los Bosges, que estaba dedicado á san Hilufo, se unió con el de san Banne, y los dos juntos

Siglo XVII. dieron su nombre á la nueva congregacion, erigida por el papa Clemente VIII. en 1604 por el modelo de la de Monte-casino.

Algunos años despues pidieron la reforma muchos monasterios de Francia. El rey Luis XIII., que la deseaba mucho tiempo habia, la protegió con todo su poder. D. Desiderio envió religiosos de san Banne, formados á su vista, y enterados de sus miras, á reformar las casas que querian volver á entrar en la regularidad. Las felices disposiciones de ésta se comunicaron á otras muchas, que fueron bien presto en número suficiente para dar lugar á la ereccion de una nueva congregacion, con el nombre de san Mauro, que es la mas extendida en Francia, pues se compone de ciento y ochenta monasterios entre abadías y prioratos. El papa Gregorio XV. la confirmó en 1621, que era el año primero de su pontificado, y dos ántes de la muerte del piadoso reformador. Allí se reformó el gusto de los estudios al mismo tiempo que el espíritu de fervor: y por una noble emulacion se renovaron los tiempos dichosos, en que la mayor parte de las casas del orden de san Benito eran el asilo de la sabiduria y de la piedad. Pocos cuerpos religiosos, aun en los siglos dorados, produxeron mayor número de sábios, distinguidos por una erudicion vasta y sólida. Casi todos han vuelto su aplicacion hácia las ciencias eclesiásticas, y sus trabajos en las diferentes partes de la literatura sagrada han producido una multitud de obras útiles, que otros no hubieran emprendido, ó que hubieran abandonado, por las dificultades que hubo que vencer para ponerlas en execucion.

La orden de santo Domingo, muchos siglos posterior á la de san Benito, tambien se habia relajado, y en todo iba á ménos, en la disciplina, en las observancias claustrales, los estudios, la vigilancia de los superiores, y en la subordinacion de los inferiores; pero Dios crió al Padre Sebastian Micaelis para restablecer el espíritu de la regularidad antigua en esta orden célebre, que ha hecho tan grandes servicios á la Iglesia. Nació en 1543 en san Zacarias, aldeguela de la Provenza, situada al pie de la famosa montaña, nombrada el santo Balsamo. Entró muy jóven en la orden de santo Domingo, y profesó en el convento de Marsella. Apenas sabia los primeros ele-

mentos de la lengua latina quando fué recibido; pero Siglo XVII. habia nacido con tan buenas disposiciones para las ciencias, que en poco tiempo hizo progresos rápidos en las letras humanas y divinas, y mucho mayores en la virtud. Quando llegó al sacerdocio se presentó con distincion en la oratoria sagrada, y le elevó su mérito á los primeros empleos de su orden. Despues de haber cumplido con el de provincial por el tiempo ordinario, le dieron el gobierno del convento de Clermont, en Lodeve, para comenzar allí la execucion del proyecto de reforma en que pensaba muchos años habia, y en él estableció una regularidad tan grande, que en poco se distinguian los conventuales de esta casa de los primeros compañeros de santo Domingo, y á estos siguieron bien pronto los de Tolosa, de Beciers, de Albi, de Montalban, y de Castres, y un crecido número de otros de diversas provincias. En 1607 fué presentado el Padre Micaelis á Enrique IV., quien le honró con su estimacion, protegiendo su zelo, y le nombró para el priorato real de san Maximino en Provenza, para que hiciése en él la reforma como en las otras casas que ya la habian recibido. A sus ruegos el papa Paulo V. por un breve de 20 de septiembre de 1608 eligió los conventos reformados en una congregacion particular, baxo el gobierno de un vicario general. El Padre Micaelis fué el primero que tuvo este empleo, y le exerció por ocho años con una prudencia y una dulzura, que le merecieron la confianza y el respeto de todos sus inferiores. Hizo dexacion en 1646, y fué electo prior del convento de la Anunciacion, fundado en París algunos años ántes en la calle de san Honorato, baxo la proteccion y á expensas del cardenal Pedro de Gondi, obispo de París. Murió en opinion de santidad en el mes de mayo de 1618. Su reforma comprehendió un gran número de conventos dispersos por el Langüedoc, la Guyena, la Provenza y el Delphinado, el Velai, la Bretaña, la Normandia, la Picardia, la Loderena, y otros, comprehendiendo tambien en ella el convento de san Sixto en Roma: y en todas partes ve en su hábito religiosos que honran su estado con virtudes sólidas y modestas, que practican retirados del mundo, y sirven útilmente á la Iglesia con sus trabajos, así en las funciones exteriores del santo ministerio, como en el silencio del retiro.

Siglo XVII. que vencer todas las dificultades que pueden reunirse para detener una empresa de esta naturaleza. Todo se volvió contra él, sus propios religiosos, acostumbrados á la soltura, y á la falta de disciplina, y los de la observancia comun del Cister, á quienes la palabra reforma solamente era insoportable, y los superiores mayores de su órden, y Roma y los tribunales; pero su valor, su prudencia, y sobre todo sus ejemplos triunfaron de los obstáculos que le habian suscitado; y aunque por su naturaleza la obra que meditaba no pudo tener toda la extension que hubiera querido darle, encerrada en los términos mas estrechos, llegó acaso á ser mas sólida y mas durable.

La reforma que el piadoso abad estableció en su casa es una observacion literal y rigurosa de la regla de san Benito. El género de vida que abrazó el abad de la Trapa, y despues de él un sinnúmero de religiosos, criados tambien en la delicadeza y la abundancia, y que se ha continuado hasta nuestros dias en esta santa casa, sin señales de relaxacion, es un silencio profundo y continuo, ayunos frecuentes, una abstinencia de por vida, oficios cantados con pausa, y recogimiento de dia y de noche, una obediencia que no conoce la voluntad propia en las cosas chicas y grandes, una privacion absoluta y universal de todo lo que no es lo mas necesario, un trabajo penoso, cuyo descanso único es pasar de un ejercicio á otro, y por abreviar, una penitencia que mortifica igualmente todos los sentidos del cuerpo, y las potencias del alma. Es un milagro continuo, por el qual se diria que Dios se complace en manifestar cada dia por nuevos ejemplos el poder de su gracia, y los efectos de su misericordia, y lo mismo decimos de la abadía de Siete Fuentes, en donde se estableció la misma reforma el año de 1663. Los santos moradores de estas dos soledades harian creíbles todos los prodigios de la antigua Tebaida, si los monumentos que nos ha transmitido de ellos la historia fuesen dudosos, ó sospechosos de exágeracion: Baile ha dicho, que la vida piadosa de Pascal era mas capaz de desarmar á los impios, que veinte sermones contra la impiedad. Si este pensamiento es cierto, qué prueba mas fuerte en favor de la religion que la vida toda angélica de estos admirables solitarios,

Siglo XVII. que componen mas ha de un siglo dos comunidades tan numerosas? prueba tanto mas propia para hacer impresion á los despreciadores de la piedad, quanto casi todos estos grandes penitentes no han dexado el mundo sino despues de haberle conocido, y muchos han poseído en él, ya riquezas considerables, ya puestos distinguidos. Allí viven en una mortificacion tan perfecta, y en un desapego tan general, que se han visto mas de una vez pasar juntos quince y veinte años en los mismos ejercicios, amigos, parientes, y aun hermanos, y llegar á la sepultura sin ser reconocidos. Una religion que produce y multiplica sin interrupcion semejantes exemplos, es ciertamente una religion santa, una religion superior á todas las ideas, y á todos los esfuerzos de la filosofia humana, y es la obra de aquel cuya única gracia tiene el poder de ensalzar la naturaleza frágil del hombre á un grado de perfeccion y de dignidad, que sin ella no puede haber.

Aunque el santo reformador de la Trapa no hubiera tenido otra mira que la de apartarse de la vista de los hombres, ocultándose en la soledad, el asombroso espectáculo que daba al mundo le acarrearé una celebridad, á que no hubiera llegado acaso en la carrera de la fortuna y de los honores. Consultábele de todas partes las personas de la mayor elevacion: todos los que se consagraban á la piedad querian que les diese sus dictámenes acerca de su conducta exterior, y del estado de su alma: en el órden de la clerecia le escribian sobre todos los negocios importantes de la religion los prelados mas científicos y virtuosos, y le suplicaban que les dixese su opinion ántes de decidir cosa alguna. Roma y Francia estaban acordes en que no habia hombre de mas luces ni mas experiencia que él en el camino interior; de suerte, que durante el negocio del quietismo, el papa y los miembros mas distinguidos del sacro colegio le solicitaron para que escribiese sobre esta materia, persuadidos á que en la Iglesia él era el único que estaba en disposicion de dar un tratado completo de teologia mística. Pero su humildad le obligó á juzgar que esta tarea era superior á sus fuerzas, pues contento con caminar á paso largo por las vias sublimes de la espiritualidad, no se creia digno de dar lecciones á otros. No obstante, ha

dexado muchos escritos, unos de los deberes ú obligaciones de la vida christiana, y otros de las particulares del estado monástico, siguiendo los principios que tenia sobre esta materia, y todos respiraban afectos de una piedad sólida, y estan marcados con el cuño de la mas sana moral.

Habiendo caido el piadoso abad de la Trapa año de 1693 en un estado de enfermedad, que no le permitia seguir con el cumplimiento de las obligaciones de su cargo, hizo su dimision, y la propuesta que aprobó el rey de un excelente religioso de la casa para su sucesor; pero habiendo muerto éste poco tiempo despues, propuso á D. Armando Francisco Gervasio, teniéndole por mas propio que otro alguno para mantener y perfeccionar la obra de la reforma, mas no tardó en conocer que habia hecho mala eleccion. El nuevo abad, de un genio envidioso y enredador, inquietó y dividió á los religiosos, tomando el empeño de trastornar todo lo que el santo reformador habia establecido tan sábiamente, y anunciando en su porte la intencion que habia formado de derribar en poco tiempo la obra de tantos años; pero Dios permitió que D. Gervasio en un momento de intrepidez, que era efecto de su imprudencia natural, hiciese su dimision, de la qual se arrepintió bien pronto, y el rey que la habia aceptado, quiso que se verificase. Y así habiendo propuesto el antiguo abad tres sugetos, eligió Luis XIV. á D. Santiago de la Corte, quien por su prudencia y dulzura volvió la paz al estado, de donde el caracter inquieto y liviano de D. Gervasio estaba á punto de desterrar para siempre. Habiendo tenido el santo reformador el consuelo de ver el gobierno de sus religiosos en mano de un superior capaz de conservar el bien que él habia hecho, pasó de esta vida á recibir la recompensa de sus trabajos en 26 de septiembre de 1700, en la edad de setenta y cinco años, tendido sobre la ceniza, segun el uso de su casa, en brazos de sus discipulos, coronando con un fin digno de su vida los exemplos de penitencia y de humildad, que no habia cesado de darles desde que habia ido á buscar á Dios en la soledad (a).

(a) La reforma de los Mercenarios Descalzos, que omite Ducreux, tuvo su origen en la corte de nuestros reyes

Estado de las ciencias y de las letras en el siglo XVII. considerado con relacion al estudio y á la defenza de la religion.

Para tener una idea cabal del estado de las ciencias y de las letras en el siglo XVII. y de los progresos que se han hecho en él de todas especies, es menester dividirlo en tres periodos, en su principio, medio, y fin, cada uno de los quales tiene su caracter propio y distintivo, y en él está señalada con hechos particulares, que la hacen perceptible, la progresion del entendimiento humano en la carrera de las letras. De esta manera podemos seguirle en su adelantamiento sin confundir los tiempos, y comprehender mejor la continuacion de los conocimientos humanos, que avanzan á paso largo hacia la perfeccion, á proporcion que sus semillas, fomentadas

católicos. Diéronla principio en el día 8 de mayo de 1603 quatro religiosos de heroyca y calificada virtud, baxo la direccion y asistencia del maestro general de la observancia Fray Alonso de Monroy, y auxiliados de la Excm.a Señora Doña Beatriz Ramirez de Mendoza, condesa de Castelar. Cuya reforma tiene por patronos generales, y fundadores de muchas casas á los Excmos. señores duques de Medina-Sidonia.

La órden de los Caballeros de la Sangre de Jesu-christo fué instituida en el año de 1608 por Vicente Gonzaga, quarto duque de Mántua, y segundo duque de Monte-ferrato, en honor de algunas gotas de la Sangre de nuestro Señor Jesu-christo, que se guardan y reverencian en Mántua: cuya Sangre se tiene por tradicion, que fué traída allí por san Longinos.

La órden de los Caballeros de Jesus Maria fué instituida por Paulo V. en 1615.

Y en este mismo año de 1615 se instituyó, como refiere Graveson, la órden de los Pobres de la Madre de Dios de la Escuela Pia, llamados Escolapios, por el bienaventurado Josef de Calasanz, natural de Aragon, en el pontificado de Paulo V., con el fin de instruir graciosamente á los pobres en la piedad y letras; y en el pontificado de Gregorio XV. fué colocada entre las congregaciones de Clérigos Reglares.

Asimismo fué instituida en este siglo la congregacion